

Investigaciones bibliográficas y catalográficas en la Biblioteca Nacional: principios metodológicos y conceptuales

Javier Planas^{1,2}

¹ Biblioteca Nacional Mariano Moreno ² Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)

1. La biblioteca como dispositivo de memoria: génesis, lógica y aporía

Toda vez que se piensa en un proyecto heurístico -en un proyecto investigativo con pretensión de largo alcance- se requiere sentar las bases conceptuales que lo sustentan. En este caso, donde trataremos desde una Biblioteca como instancia de inserción institucional -es decir, puestos a jugar en el conjunto de condiciones objetivas u ópticas de producción- y con objetos de estudios formados entre la bibliografía y la bibliotecología -esto es, las formaciones discursivas que hacen a la ontología del conocimiento-, resulta impostergable asir la noción de biblioteca, que es, entonces, la expresión que dirime las orientaciones conceptuales y las prácticas venideras.

Una inscripción de calado histórico resulta imprescindible, toda vez que se requiere aprehender el presente mudable, incierto y de perspectivas abiertas. Hace algunos años Giuseppe Duso (2015), al hablar de la historia conceptual, propuso una metodología elemental para seguir los caminos de la representación política en el largo de los años: génesis, lógica y aporía. Sumergir el concepto biblioteca en esa tríada y rastrear las mutaciones es referirse, sin más, al *ethos* bibliotecario contemporáneo -en su inestabilidad relativa, en sus dilemas, en sus sueños y frustraciones. Porque nuestra biblioteca aún es la biblioteca moderna, cuya constitución (o génesis) puede datarse entre el pasaje de la era manuscrita a la era de la imprenta, encrucijada dentro de la cual tiene lugar la primera y vigorosa multiplicación de los textos (Elizabeth, 2010), y el final del siglo XVII, cuando se requirió, en una escala cualitativa diferente a todo lo conocido hasta entonces, tomar medidas de rigor para seleccionar obras entre ese volumen progresivamente creciente y organizarlas dentro de los muros de la biblioteca, con el propósito -también novedoso por su escala- de atender a un público (Barbier, 2015).

La lógica del concepto biblioteca se calibra, de allí en más, a partir de unos ejes bien definidos: de un lado, por las relaciones que mantuvo con el Estado moderno -en tanto dispositivo territorial de administración del tiempo vital de los sujetos- (O'Donnell, 1978); de otro, por el vínculo que sostuvieron con las ideas y los diseños intelectuales que propusieron sucesivamente distintas formas de ser y de estar de las bibliotecas (Barbier, 2015); finalmente, como lugares practicados (De Certeau, 1999), es decir, como ámbitos de encuentro entre los lectores y los bibliotecarios. Este último eje tiene, a su vez, tres dimensiones analíticas que harían posible el

reconocimiento de las diferencias entre unas bibliotecas y otras (Planas, 2017). La primera se refiere al propósito de la institución observable en términos de formación de colecciones, para ponerlo en otras palabras, en la respuesta que brinda una comunidad de lectores a una pregunta fundante: ¿qué segmentos de la literatura universal deben incluirse en los anaqueles? El hacer que demanda este dilema dispone a la biblioteca entre las producciones discursivas sobre la lectura (general o especializada de un campo), las acciones de los mercados editoriales y el capital económico y cultural acumulado del que disponga cada institución. La segunda dimensión se define por la producción del lugar y la construcción del espacio: es decir, por el ajuste y la coordinación de los objetos en el interior de una infraestructura y por la reglamentación y la civilidad que regulan los tiempos y el modo en que los lectores deben relacionarse entre sí, con los bibliotecarios y con esos objetos. Por último, se requiere volver sobre la circulación social de las obras, en su cauce público o privado, y en las modalidades específicas que en el largo de los años hicieron posible flexibilizar el uso de los documentos, en un movimiento histórico que llevó el énfasis de la conservación al acceso.

Con los ajustes metodológicos elementales que demanden las singularidades de cada ámbito geográfico o cada época, una empresa heurística que se proponga asir el moderno proceso bibliotecario puede encontrar en esos puntos angulares un mapa para no perderse en las más obcecadas especializaciones y encontrar, siempre, la relación entre los procesos capilares y los engranajes que mueven la historia y la sociología de las bibliotecas.

En el comienzo de siglo XXI esos conceptos de biblioteca encuentran su aporía, su límite como potencia para aislar y relacionar los elementos propiamente bibliotecarios y aquellos que se corresponden con el universo general de la cultura escrita, impresa y digital. Al prescindir de los deseos sobre los futuros posibles y del lugar que le toca a la biblioteca y a quienes reconocemos en ella una parte de nuestra vida, se extiende un hecho tangible: lo digital alteró de forma violenta, de forma revolucionaria, las maneras antes conocidas de producción, circulación y lectura de los textos (Chartier, 2009). El cisma conceptual que supone esta transformación radical hace que las categorías modernas que ordenan la cultura y que, por lo tanto, ordenan la biblioteca, encuentren en la inestabilidad su característica. En otros términos, estamos en el medio de un proceso instituyente que promete alterar las maneras bajo las cuales se otorgaba inteligibilidad a las palabras y a las cosas. Y es exactamente por este proceso de barrido general que la biblioteca, entre otras modalidades de construir y de insistir en el *ethos* que le otorgue sentido de existencia entre lo contemporáneo, debe asumir la carga histórica que la presenta en la actualidad como un ámbito privilegiado de la memoria. La biblioteca adquiere, así, un compromiso ético frente a la sociedad, a saber: el de conservar y brindar formas de entendimiento al pasado acumulado en el largo de los

siglos.

2. Investigaciones

2.1 Muestras

Sobre esa perspectiva conceptual, la Dirección de Investigaciones de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno tiene, en lo fundamental, dos tareas. La primera implica un trabajo de corto y mediano plazo. Se trata del tipo singular de investigaciones que se realizan para las exhibiciones que cada año recrea la biblioteca. La disposición de estos eventos supone ajustar una serie de resortes metodológicos e institucionales. Esto involucra, de un lado, aquellos procesos comprometidos con la constitución de la muestra propiamente dicha: primero, formar una experiencia panorámica dentro de una idea global de lo que se pretende, por ejemplo: una exhibición en homenaje a los cien años de la Revolución Rusa. Segundo, calibrar los conceptos que sustentan la línea curatorial (para el mismo caso: trabajar las primeras recepciones del fenómeno soviético en la Argentina, entre el campo político y el campo cultural). Tercero, desplegar unas rigurosas técnicas de búsqueda y relevamiento de material bibliográfico, dentro y fuera de la institución. Cuarto: seleccionar la documentación considerada clave para representar aquellos procesos, eventos, obras e ideas vinculadas a la revolución (para la muestra *Ecos de los Soviets*, la conmoción que significó Octubre en las tradiciones políticas de izquierda -entre socialistas y anarquistas-, la objetivación de una nueva derecha -profundamente antisemita-, la circulación de una gráfica y una literatura identificada con los valores libertarios, entre otros aspectos). Quinto, articular con especialistas de diseño gráfico y montaje la escenificación de esa selección. Y este poner en escena compromete, de un lado, una diagramación pedagógica, que obliga a la producción de un relato sintético de potencia visual y documental; de otro, la construcción de los artefactos y su disposición espacial. Asimismo, podrían añadirse otra extensa serie de procesos cuando la muestra requiere la composición de un catálogo, entre el contenido visual y textual.

Los resortes institucionales que se mueven para producir una exposición son variados y silenciosos. Un libro en una vitrina remite, en primer lugar, al acto constitutivo de la biblioteca, esto es: catalogar. Una tarde cualquiera de un mes otro un catalogador hace lo suyo al representar y registrar ese documento que, cinco años después, un investigador recobró y reunió con otros textos para formar una cadena de sentidos, por ejemplo: la constitución de la liga patriótica Argentina como coalición de derechas frente a las luchas proletarias. En ese recobrar están implícitas las tareas de conservación y resguardo ordenado que lo hacen posible, así como también las de mantenimiento de los depósitos. En segundo término, un libro exhibido exige un proceso de

estabilización del material y la preparación de los soportes que se requieren para enseñar sus interiores. Eventualmente se necesita digitalizar alguna de sus partes, sea para elaborar una gigantografía o para incluirla en el catálogo de la muestra. Implica, asimismo, disponer del mobiliario, ajustar iluminación, acondicionar espacios, diagramar recorridos, cumplir protocolos burocráticos y, también, disponer de fondos y ejecutarlos según las normativas de rigor. En definitiva: muchas manos participan de esa función primordial de la biblioteca que enunciábamos más arriba, es decir, restituir la inteligibilidad del patrimonio cultural y, con ello, cumplir el contrato ético que la institución guarda con la sociedad.

2.2 Investigación bibliográfica y catalográfica

Desde la formación de un conocimiento panorámico sobre un tema hasta el día de la inauguración de la muestra pueden pasar, aproximadamente, entre 3 y 4 meses de trabajo intensivo por parte del grupo de investigadores abocados a la tarea. De forma paralela a ese procedimiento y, con mayor fuerza una vez concluida dicha actividad, tienen lugar el desenvolvimiento de los proyectos de investigación de mediano y largo alcance. Como quedó dicho, los objetos de estudio de estas propuestas se inscriben entre la bibliográficas y la bibliotecología. En lo fundamental, se procura producir obras de referencia que contribuyan a brindar acceso a los fondos de la Biblioteca Nacional y a multiplicar las conexiones posibles entre ellos.

La bibliografía tiene, en perspectiva, un recorrido de muy larga duración. En su faz moderna, la obra Conrad Gesner es la que más y mejor se recuerda, tanto por la ambición de su propuesta como por el fracaso que supuso. Esto es: la idea de una bibliografía universal que nació a mitad del siglo XVI encontró rápidamente su límite, su imposibilidad entre la multiplicación de los textos y la noción del universo reducida a lo europeo. Pero ese esfuerzo legítimo por sistematizar y brindar un repertorio de lo publicado generó, como pocas obras y hechos en la historia de lo escrito e impreso, un efecto de biblioteca. Desde entonces, esta disciplina propició la generación de listas de textos de muy variada índole, sobre los temas más disímiles, producidas con metodologías diversas y organizadas de forma clásica o heterodoxa. Estos efecto constituyeron en el largo de los años a propiciar un denso tejido de referencia: las bibliografías, los catálogos y los índices dieron paso a las bibliografías de bibliografías, a los catálogos de catálogos y a los índices de índices. A la mitad de siglo XX las técnicas bibliográficas de la enumeración estaban depuradas. Y el acto de catalogar constituía su potencia creativa.

¿Qué es, exactamente, catalogar? Se trata de una fuerza que esculpe su obra en el largo de los años. Por lo mismo, resulta fatalmente imperceptible en el mundo visible y más aparente de los libros. Catalogar es constitutivo de la biblioteca. Catalogar es inventariar, fijar, ordenar. Pero, por

sobre todas las cosas, catalogar es representar. Y como toda representación, mantiene una doble exigencia respecto del objeto representado. La primera consiste en brindar presencia a la ausencia. Un asiento bibliográfico contiene de forma sintética aquella información que expresa una relación con su original, esto es, con el libro que no está disponible físicamente de manera inmediata. La segunda dimensión o exigencia de la representación bibliográfica es lograr que esa presencia adquiera significado toda vez que es invocada. Cuando un catalogador describe un documento emprende una tarea analítica: la de distinguir y aislar aquellos elementos que tienen sentido social, que tienen sentido en el imaginario de los lectores que le son contemporáneos. En otras palabras, catalogar produce un efecto sincrónico entre el libro, su representación y el universo de la lectura al que pertenece. Por esto mismo los catálogos no han sido siempre iguales, ni su organización equivalente, ni sus técnicas de composición semejantes. Una serie de registros bibliográficos funciona dentro de una economía de conceptos, expectativas y valores de lo más variado. Si hoy estamos de acuerdo en que existen categorías que no pueden faltar (autor, título, año, etc.), cabe consignar que esto no siempre fue así y, por lo demás, nadie se atrevería a vaticinar que esos rótulos continuarán gobernando el flujo del conocimiento escrito por mucho más tiempo.

Si catalogar permaneció como inmanencia a la producción de las bibliográfica enumerativas, este acto aislado y el alcance de su producto dejó de ser suficiente como expresión comprensiva de aquello que pretendía representar. Por lo tanto, la teoría bibliográfica salió al cruce de otros campos y otras disciplinas para tomar de allí los préstamos necesarios y componer, junto a sus propios recorridos y tradiciones, un nuevo horizonte teórico que pudiera zanjar ese dilema. En ese contexto, entre las décadas del setenta y ochenta se gestó de forma progresiva un consenso en torno a la nueva razón bibliográfica, esto es: un estudio que integrara el análisis de los textos registrados, las maneras en que estos objetos escritos fueron producidos y circularon, así como también los modos en que se leyeron por los públicos de cada momento (Mckenzie, 2005). Mientras que la bibliotecología avanzó con el refinamiento de sus técnicas para procesar la ingente cantidad de materiales de la más variada índole, la bibliografía encontró en la restitución sociológica de los textos el modo de significar la relación entre un corpus de obras y el mundo impreso que lo produjo.

De esta manera, bibliotecología y bibliografía son formaciones complementarias que contribuyen desde planos diferentes a cumplir un mismo objetivo dentro de la biblioteca: instituir herramientas que representen los fondos que se conservan, es decir: lograr presencias significadas de las ausencias a las que remiten. Un movimiento de este tipo repara en la vocación de memoria que la biblioteca contemporánea debe conservar entre sus vertientes instituyentes y, en términos instituidos, exige la puesta en acto de una coordinación que logre articular las diferentes experiencias y voluntades bajo la guía de objetivos bibliográficos singulares.

Bibliografía

Barbier, Frédéric. *Historia de las bibliotecas: de Alejandría a las bibliotecas virtuales*. Buenos Aires: Ampersand, 2015.

Chartier, Roger. *Las revoluciones de la cultura escrita: diálogos e intervenciones*. Barcelona: Gedisa, 2009.

De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano: habitar y cocinar*. México: Universidad Iberoamericana, 1999.

Eisenstein, Elizabeth. *La imprenta como agente de cambio*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Duso, Giuseppe. *La representación política: génesis y crisis de un concepto*. Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones; General San Matín: UNSAM, 2015.

Mckenzie, Donald. F. *Bibliografía y Sociología de los textos*. Madrid: Akal, 2005.

O Donell, Guillermo. “Apuntes para una teoría del Estado”. *Revista Mexicana de Sociología*, XL (4), 1978.

Planas, Javier. *Libros, lectores y sociabilidades de lectura: una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Buenos Aires: Ampersand, 2017.